CANARIOS

POR JOAQUIN CARVO-SOTELO
De la Real Academia Española

1962
Correo Catalán
25 marzo

130

HE leído que a los colegas de la Agencia EFE de Barcelona les ha salido un nuevo compañero. No proviene de la Escuela de Periodismo, sino de las montañas del Tibidabo. No entra y sale como ellos a buscar la noticia —que es lo más difícil y meritorio que puede hacer un periodista, incluidos los sesudos editoriales, los eutrapélicos comentarios de actualidad, la paginación, la titulación, todo—, sino que permanece aprisionado, en el metal de las doradas rejas, por fuera de la jornada de trabajo, el día completo con su noche. Su indumento supera en policromía y en pulcritud al que más se pague de esos extremos que se suelen cuidar muy poco en las redacciones y, eso sí, se alimenta de alpiste, como alguno de nuestros congéneres, que a eso obliga en ocasiones la exigüidad de los sueldos. No escribe ni dicta, ni usa tijeras ni goma. Desde un ángulo de la sala, lanza, a su capricho, sin sujetarse a pauta ni pentagrama, unos aflautados sonidos. Se trata —la aclaración es ociosa— de un canario al que la Agencia EFE ha inscrito en nómina y que, a todos los efectos, se beneficia ya de su calidad de miembro de la Asociación de la Prensa.

Leí la noticia mientras visitaba, lleno de curiosidad, la Exposición de Canaricultura recientemente celebrada en Bellas Artes y tomaba contacto, por vez primera, con ese mundo deslumbrador, fascinante y asombroso de los canarios. Apenas media hora fui oyente disciplinado de mi amable cicerone, apenas hice otra cosa que hojear el libro que, sobre el arte de su cría, han escrito los señores Savino y Rodríguez Cruz, pero fue bastante para entrever un aspecto de la vida, ajeno al cual transcurre la mía, sin roce ni tangencia alguna y que es un puro milagro de interés, de sutileza y de gracia.

Los hombres del asfalto —y yo lo soy irrevocablemente— permanecemos, por definición, al margen de la naturaleza. Tartarinesco es afirmar que la simple contemplación de las evoluciones de un canario equivale ya a sumergirse en ella y no incurriré en semejante desorbitación, pero si no es la naturaleza misma, sí es por lo menos su embajador, su musical embajador y sirve para recordarnos, cuando menos, que existe. La cosa, probablemente, no hubiese tenido otro alcance si la Asociación de Canaricultores no me hubiera obsequiado con un ejemplar magnífico. Gracias a ella, ~~tengo~~ hospedo yo en mi despacho, desde hace unos días, un canario de amarillo plumaje, de blanca y aterciopelada cola, en contraste con el grano profundo y negrísimo de los ojos inmensamente móviles, sin visible esclerótica, a los que escruto afanoso de adivinar su paisaje, tal y como lo ven, de instalarme —vana empresa— en su pequeño y misterioso universo. Ha sido un perturbador regalo.

Desde luego, he llegado a la conclusión de que mis vecinos no son tan interesantes como mi canario y que más me entretienen las evoluciones de éste, sus pujos de trapecista y de divo, que las idas y venidas del señor Rodríguez y del señor Fernández. Por extensión, estoy también pesuadiéndome de que es preferible conocer a fondo el funcionamiento de la monarquía de las abejas que el Fuero de Baylio y que «Los cazadores de microbios» de Paul de Kruif es un reportaje cien veces más apasionante que los que se hacen a la Lollobrigida. Vean, pues, señores, qué extrañas son las raíces de las conversiones. El canario vive junto a mí en estado de clausura, pero, aun así, me transmite su mensaje de libertad. Del mismo modo los indios que trajo Colón testimoniaban, aun aherrojados, la existencia de un mundo selvático y libre.

Si ese efecto produce en mí la convivencia con mi canario particular, me imagino que la Exposición a que aludo ha debido provocar mil vocaciones, o al menos, mil sorpresas tan violentas como la mía. En el clima aséptico en que se alojaba, los fuertes troncos reemplazados por columnas de mármol; el sol, por tubos fluorescentes; los gorjeos del bosque por las estridencias urbanas, más de uno y de dos de sus visitantes, sensibles al sortilegio de los trinos, a la brillantez de los plumajes, a la euritmia de los movimientos, habrá pensado que la vida del hombre moderno, hacinado en los alvéolos de los rascacielos, perseguido por las embestidas de los automóviles, intoxicado por el sahumerio de los motores, víctima de la opresión del cuello y de la servidumbre de la corbata, es un puro disparate.

Mientras escribo, la garganta del canario se inflama orgullosamente, y lanza al aire su canto, a veces como un arrullo, a veces como un desafío. «Lo peor del ruiseñor —había dicho Cocteau con escepticismo— es que canta mal.» Nadie repetiría semejante blasfemia ante este alumno del Conservatorio que llena la casa entera de afiladas notas.

¿Adónde me va a llevar su canto sirenaico? ¿Canjearé las pompas y vanidades urbanas por las quietudes y bienandanzas campestres? ¿Apagaré la radio para oírlo? ¿Lo preferiré a la «Pastoral» de Beethoven y a los murmullos de la selva, en la que habita Sigfrido? ¿Me consolaré, simplemente, releyendo a Rousseau? Aunque la lanzada que en mi espíritu ha producido este realquilado sea honda, yo mucho me temo que no acabe de convertirme. Lleva uno demasiados años paladeando el tupido humo de las cafeterías y de los autobuses, haciendo esta fortificante vida antihigiénica de los escenarios, como para pasarse ahora al oxígeno puro, a la balada y la contemplación de las maravillas del universo. Lo probable es que muera, sin desertar, en mi nave. Pero pecaría de ingratitud si no reconociese que el morse de mi canario me telegrafía cotidianamente inquietantes consignos y que, a veces, vacilo. Así, la voz de la gracia llama, amarga e infructuosamente, en el corazón de los réprobos.

Mi personal y fracasado evangelizador canta, entretanto, no sé si con nostalgia, con celo, o por simple dilettantismo, entre los barrotes de su pequeña cárcel. Para sacudirme, cobardemente, sus reproches, es posible que cualquier día de éstos se la abra y le restituya a su patria, la bóveda del cielo.

"E libero il suo vol-giammai si in alto."

Suspiraba Hans Sach, mientras clavaba tapias y medias suelas en su zaquizamí de Nuremberg. Y si a tanto no llego, porque me he encariñado con él, que ya me despierta, como el gongorino gallo —«doméstico del sol nuncio canoro»— y ya, cuando se calla, noto que me falta algo, es posible que —solución transitoria— acabe buscándole la pareja que, sin duda, me reclama, y apadrinar en este vértice ciudadano, peinado a todas horas por los reactores, taladrado por las antenas de la televisión, ensombrecido por el hormigón y el ladrillo de las casas colindantes, una especie de pequeño mundo auténtico y vivo, un Principado de la naturaleza al que, quizás, me acerque un día, amenazado por los peligros de los atropellos, de los escapes de gas y del cáncer de pulmón que origina el tabaco, pidiendo asilo. A fin de constituir, pues, una familia de canarios como es debido, una familia recta y honorable, deseo que sepan mis compañeros de la Agencia EFE de Barcelona que cuentan conmigo.